

# Letras por la LIBERTAD

## LITERATURA, ARTE, POLITICA

VOLUMEN I • NUMERO I

MEXICO, FEBRERO DE 1957

EJEMPLAR: \$0.50

### INTENCION

"Intención, como el nombre mismo lo indica, significa tender hacia alguna cosa".

ETIENNE GILSON

Es objetivo preciso de LETRAS POR LA LIBERTAD campar en el medio literario mexicano por hacer expreso —decir cordial y espiritual— en las múltiples maneras que el hombre, eminentemente hombre, tiene (Poesía, Ensayo, Arte) y requiere para comunicarse con su próximo, el pensamiento clave de esa creación de las mejores voluntades, y las más lúcidas, de la cultura mundial —Europa, las dos Américas, Asia y África—: el Congreso por la Libertad de la Cultura, contestación rotunda, si actualmente se dan, a la causa tenebrosa de la angustia más honda moderna: los totalitarismos de estado.

LETRAS POR LA LIBERTAD, y su nombre ya es una bandera y un programa, tenderá a su fin con la confianza de encontrar en nuestro medio literario coincidencias en su amor por la libertad, en la fidelidad a lo espiritual rector y creador y a su sed de justicia moral, material y social; con tal motivo estaremos ofreciendo desde sus líneas, con predilección, el testimonio por la libertad y el fruto intelectual, a través de la palabra escrita, de nuestros Presidentes del Congreso y de nuestros hermanos de los grupos mundiales. Una circulación de corrientes vivificantes de valores de cultura; un intercambio, que es lo que deseamos, de limpias intenciones; se podrá establecer. De esta manera el pensamiento ilustre de nuestros patronos intelectuales Denis de Rougemont, Salvador de Madariaga, Karl Jaspers, Bertran Russell, Reinhold Niebuhr, Jacques Maritain, y ahora el pensador hindú S. J. Narayan, lo estaremos demandando, escogiendo, traduciendo, canalizando para luz y fertilizante de nuestra cultura mexicana. Lo propio hay que decir por lo que respecta a los miembros de nuestros comités fraternos de América, esa gente maravillosa que honramos y nos honró cuando el Congreso Interamericano de septiembre próximo pasado, John Dos Passos, Roberto y Sara de Hábuez, Eduardo Santos —presente en pensamiento—, José Luis Romero, Guillermo de Torre, Luis Alberto Sánchez, Arciniegas, Gallegos Valdés.

Esta enumeración de nombres, de quienes son algo en la cultura contemporánea, constituye un alarde, un despliegue de los recursos y fuerzas con que de verdad contamos para ir rindiendo, en el curso de nuestra duración, la hazaña de nuestra lucha por la libertad real del hombre concretísimo de carne y hueso.

El día 10 de enero nos trajeron los cables la noticia de la muerte de Gabriela Mistral, lo que significó el fin del tormento de una larga agonía.

Agonía mucho más vieja que la de la cruel epilogación que fue el cáncer: «Hace tiempo que masco tinieblas», «que la dicha no sé reaprender»; «tanto tiempo que piso las lavas», «que olvidaron vellones los pies», «tantos años que muero el desierto», «que mi patria se llama la sed». Lucha del espíritu contra el tiempo, es la razón de esta antigua agonía de Gabriela, poeta nacional continental. De la patria continental, para hablar con mayor propiedad. Gabriela, ha obtenido ya definitivamente el triunfo sobre el tiempo: al alcanzar los méritos de las dos coronas, la de perennidad por su poesía y la de inmortalidad con su muerte. A reserva de integrar en nuestro número 2 el homenaje que a Gabriela debemos, que nos valga, provisionalmente, esta rememoración.



### CON JUAN RAMON JIMENEZ

Por Francisco Monterde

I

No va a darse aquí un juicio más, acerca de la obra lírica de Juan Ramón Jiménez: cualquier intento, en tal sentido, resultaría redundante y superfluo, ya que los críticos, no sólo de España, lo han seguido en las etapas de su evolución, desde los comienzos hasta que su poesía alcanzó esa acabada plenitud de la rosa, que él mismo expone en dos recordados versos:

*¡No le toques ya más,  
que así es la rosa!*

Abundan los estudios sobre lo que acendradamente dio, en verso casi desnudo a causa de su sobriedad, y en prosa estremecida, palpitante de sugerencias, en la que el temblor lírico llega a nosotros por el sendero de la sencillez, confinante con lo que se puede llamar, y se ha llamado, "poesía pura".

Testigos de un hecho consumado hace tiempo, asistimos desde la mocedad a su alborada, y le hemos visto ascender, consciente, hasta la madurez en que reunió —haces dorados— la cosecha definitiva. Todos sabemos lo que ésta significa en vigor concentrado, bajo su insomne, vigilante atención y al amparo de una sensibilidad de hiperestésico artista.

Juan Ramón Jiménez quedó ya bien situado, en relación con los que le precedían y los que le han seguido —próximos o distantes—, dentro del renovado florecer de la lírica española. Sabemos en cuál punto, y con qué segura oportunidad surgió, para prolongar la trayectoria de la escueta poesía castellana, dentro de una tradición que él reanuda.

Se le ve aguardar con calma el momento oportuno, después de la primera salida, toda limpidez, y tras de haber seguido, entre la fugaz eclosión de nenúfares y un aristocrático desfile de cisnes interrogantes, la artificiosa corriente modernista, en la cual titubeaba al dejarse ir por ella —nadador que presente los peligros que acechan con el engañoso espectáculo de la cascada, al fin descenso irremediable.

Y en un remanso, antes de que aquella corriente se precipite en el vacío, él toma a la Poesía entre sus brazos; la despoja de los últimos atavíos estorbosos, para ponerla a flote y, desnuda, la salva de la caída en que, sin él, se hubiera despeñado (¿por cuánto tiempo?).

En vez de esa confrontación de las opiniones individuales con los ajenos pareceres —que supone cualquier crítica acerca de un escritor previamente juzgado, si no quiere suprimir precedencias o simular que las ignora, para superarlas—, va a ofrecerse aquí, nada más, un testimonio personal en torno al poeta.

Desde luego, el homenaje que la actualidad exige, como tributo al escritor recién premiado —con el mayor de los galardones a que, en el campo de las letras, puede aspirarse en el presente—, va incluido en este comentario.

Si con real, no fingida modestia, Juan Ramón Jiménez antepuso al propio los nombres de otros poetas y prosistas del mundo hispánico que, a su parecer, también son acreedores al premio Nobel, en las tierras que fecundaron los progenitores, existe la convicción de que en él se ha cumplido ahora un acto de justicia.

El poeta no requiere alegatos amparadores, ya que su obra se defiende por sí misma: ¿a qué acumular juicios ajenos, citar frases de críticos autorizados, si esta vez no hace falta una defensa para el agraciado con el premio nórdico?

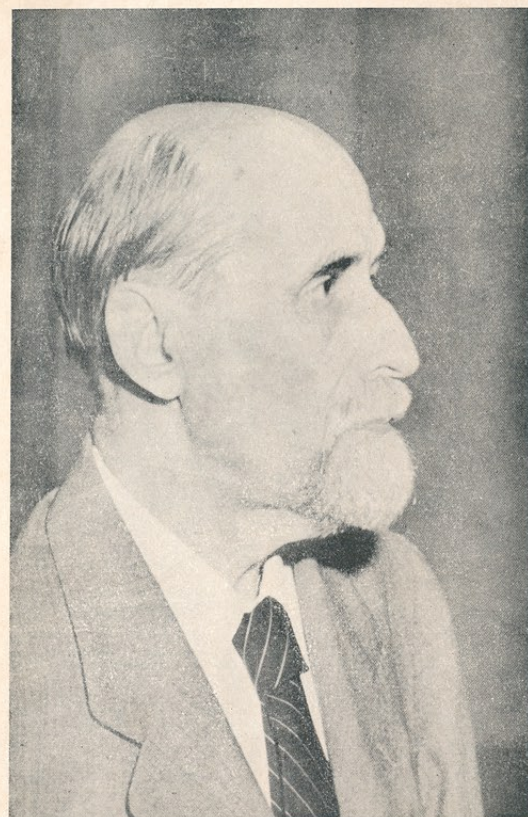
Menos aún necesita la obra del poeta un prólogo que lo acerque a lectores desprevenidos y permita contribuir a su conocimiento, como acontece cuando aquel galardón va a parar en manos de un escritor que debe sujetarse a la dura prueba de las traducciones, más o menos directas, como en ocasión aún cercana.

La obra de Juan Ramón Jiménez llegó al público hace tiempo: se la conoce, total o parcialmente; y muy contados serán los espíritus que permanezcan aún fuera de la zona hasta la cual llegan las resonancias de esa poesía de tono menor que se impone, por serlo, a otras. Con ella se ha adentrado, cada vez más, en sí, al elevarse y depurarla.

II

En cambio, a Juan Ramón Jiménez, el hombre, sólo habrán podido conocerlo, en la mocedad, compatriotas y amigos con los que estuvo en contacto, antes de partir hacia su voluntario destierro, cuando de España pasó al continente americano, en los días que precedieron a la enconada lucha civil en la península ibérica.

(Sigue en la última página)



"...con el mayor de los galardones a que, en el campo de las letras, puede aspirarse en el presente..."



